La monogamia como pre-definitoria del amor; el poli-amor[1] como estrategia política

Nadia Rosso

Este texto se gestó gracias a mi experiencia en el pasado Encuentro Lésbico Feminista de Latinoamérica y el Caribe (ELFLAC), en Guatemala, y surge como una necesidad de proponer nuevas estrategias políticas, y especialmente, nuevas estrategias de relacionarnos como feministas lesbianas.

Debo comenzar diciendo que el taller de poliamor, realizado dentro del ELFLAC, tuvo valiosas participaciones que propiciaron esta reflexión. Como siempre, ninguna idea tiene derechos reservados y siempre debemos un poco de éstas quienes nos preceden y a quienes nos acompañan. También quisiera aclarar que no voy aquí a definir o explicar qué es el poliamor o qué plantea la ruptura con la monogamia obligatoria.[2]

Iniciaré con la noción que planteó Marian Pessah en ese taller: no usar el término poliamor, sino ruptura con la monogamia obligatoria. Existen dos razones para ello: una, porque no se trata solamente de relaciones amorosas, sino también de relaciones ocasionales que sólo involucren algo erótico o sexual, por ejemplo.

Y aquí agrego: a veces en los discursos poliamorosos se recae en un pensamiento moralizante que reivindica sólo las relaciones amorosas comprometidas y duraderas… en fin, relaciones del tipo de las que ya son legitimadas socialmente. Parecería que se habla de una especie relaciones monógamas simultáneas. Y entonces se arguye que el poliamor no es promiscuidad, que no tiene que ver con las relaciones casuales sino con las relaciones comprometidas, estables, duraderas.

Aquí entra la pertinente declaración de Mirla Hernández: Si la promiscuidad es elegir libremente sobre mi sexualidad, vivirla sin tapujos con quién y cuándo yo quiera, entonces, reivindiquemos la promiscuidad. En este sentido, se aporta a la discusión el hecho de que históricamente se ha negado a las mujeres el derecho al libre ejercicio de su sexualidad, con quién quiera, cuándo quiera, cuántas veces quiera, y disfrutando de su propio cuerpo. La crítica va enfocada al el hecho de que incluso hoy en día, las relaciones eróticas o sexuales sólo les son permitidas a las mujeres si están ligadas al amor, y mejor aún, a una relación amorosa estable. Desde este punto de vista, Marian propone desligar el amor de la sexualidad, pues no siempre van juntos.

La segunda razón es que hablar de la ruptura con la monogamia obligatoria, es también un término más político que "poliamor", pues hace referencia directa no sólo a relacionarse con más de una persona simultáneamente, sino hace énfasis en el hecho político de romper con la monogamia obligatoria como institución.

[1] Uso diferenciadamente el término poli-amor, reconceptualizado del concepto poliamor

[2] Si se desea ampliar la visión al respecto, recomiendo ampliamente los textos compilados por Norma Mogrovejo, Marian Pessah, Yuderkys Espinoza y Gabriela Robledo, *Desobedientes: experiencias y reflexiones sobre poliamor, relaciones abiertas y sexo casual entre lesbianas latinoamericanas,* En la frontera, Buenos Aires, 2009.

Tomando estas dos nociones como puntos de partida, explicaré mi perspectiva sobre estos temas, para luego aterrizarla como una estrategia política para el movimiento lésbico feminista, o en todo caso, para *un* movimiento lésbico feminista.

Cuando yo escuché la primera vez la palabra poliamor, me sonaba bastante *cursi*. Poco a poco me acerqué a la teoría y me pareció simplemente lógica. Yo ya había coqueteado con la idea de que la monogamia era una institución restrictiva y absurda, pero nunca había encontrado interlocución que me hiciera sospechar que yo no estaba algo desquiciada. Ciertamente, las perspectivas políticas eran las que más me llamaban, mucho más que aquéllas que referían simplemente a la posibilidad de tener más de una pareja simultáneamente. Y entonces comencé a darme cuenta de que el discurso dominante sobre el *poliamor* adolecía de perspectivas profundas muy importantes. Especialmente, en muchos espacios, de la perspectiva feminista, lo cual yo consideraba inconcebible. Afortunadamente, en mis búsquedas me topé con *Desobedientes*, libro que compila maravillosos textos que van desde las experiencias personales hasta posicionamientos políticos sobre el poliamor, el amor libre y el sexo casual entre lesbianas latinoamericanas, como dice el subtítulo de este libro.

A partir de ahí comencé a entender que la institución de la monogamia no es sólo otra forma de opresión hacia las mujeres, no sólo una forma de restricción y coartación de su libertad, no sólo un mecanismo de regulación de la pareja en tanto institución nuclear de la re-producción de seres humanos; sino también uno de los mecanismos de legitimación de la violencia hacia las mujeres y sobre todo, un mecanismo obstructor de la sororidad entre mujeres. En este último punto me enfocaré en este texto.

El término sororidad se refiere al vínculo afectivo y el sentimiento de hermandad entre mujeres. Distinto, ciertamente, a la fraternidad que podría analogarse con los contratos patriarcales que hacen los hombres constantemente.

El sistema patriarcal tenía múltiples mecanismos para evitar la sororidad entre mujeres, pues ésta sería una peligrosa amenaza para la manutención del sistema patriarcal de opresión. Ahora pongo sobre la mesa, que la monogamia es también uno de los mecanismos más fuertes para evitar la sororidad entre lesbianas.

Se ha analizado mucho desde el feminismo el sentimiento de rivalidad que se crea entre las mujeres, en tanto se concibe a los hombres como un bien necesario que hay que obtener para tener valía y conservar a toda costa. En este sentido, cualquier mujer es una posible rival. Podría pensarse que estos mecanismos no operan en las lesbianas, pues no buscamos un hombre para validarnos. Sin embargo, sabemos que dentro de la comunidad lésbica y las relaciones entre mujeres, también reproducimos estos esquemas patriarcales.

De este modo, efectivamente las lesbianas también percibimos a otras lesbianas como potenciales rivales, especialmente en el ámbito de las relaciones de pareja. Las lesbianas no estamos exentas de la concepción que nos han introyectado desde pequeñas: una mujer sola, no vale nada. Una mujer con un hombre, al menos ya existe. Y nosotras pensamos: una lesbiana sola no vale nada. Una lesbiana con otra

lesbiana, ya existe. También estamos insertas en esta lógica de pareja, que yo llamo *emparejamiento compulsivo*.

Esta noción no está desligada de la estructura monogámica. Presiento que todas tenemos también una estructura de pensamiento monógama. Esto significa que todo lo que conlleva la monogamia: control, celos, posesión, desinviduación, simbiosis, etc. Lo trasladamos también a otros aspectos de la vida.

¿Nos hemos dado cuenta también que el concepto que tenemos del amor –al menos el que se refiere a la pareja- está también construido casi en su totalidad en función de la monogamia? ¿Por qué cuando se habla del amor de amigas o amor a lxs hijxs, por ejemplo, parece que hablamos de algo totalmente distinto al amor de pareja?

Pondré un sencillo ejemplo. Hace unos días, navegando por las curiosidades de mi hogar familiar, encontré un libro, perteneciente a mi madre, titulado "El tesoro de la amistad". Mi morbo infinito me invitó a leerlo. Rodeadas de imágenes floridas y campiranas, se encontraban pequeñas frases que describían la amistad.

La noción general de la amistad se enfoca a un amor que sobrevive a las distancias, que comparte momentos felices y dolorosos, que es empático y escucha sin juzgar, que se alegra por la felicidad y los logros de la otra persona, que camina por un sendero distinto pero comparte cosas en común.

Siempre he escuchado hablar de la amistad como una relación bastante positiva y constructiva para las partes involucradas. ¿Por qué será que el amor romántico siempre se nos pinta tan tortuoso? Me atrevería a decir que el ideal de amor romántico es uno que se parece mucho a una enfermedad. Y para ello, me remito de nuevo a fuentes populares. Las canciones de amor tienen un discurso muy similar, que trasciende géneros musicales y culturas:

"Nunca te irás/ …/No escaparás/ Soy tatuaje en tus recuerdos/Te quedarás/ Soy el dueño de tus sueños/ No habrá final/Me verás siempre en tu espejo/Sabes muy bien/Nunca te diré adiós…" (Max Torres, Nunca te diré adiós, Puerto Rico, Salsa)

"Well I'd rather see you dead, little girl, than to be with another man/ You better keep your head, little girl/or I don't know where I am/You better run for your life if you can, little girl/ hide your head in the sand, little girl/ Catch you with another man and that's the end, little girl."[3] (The Beatles, Run for your life, Inglaterra, Rock & Roll)

Every breath you take/Every move you make/Every bond you break/Every step you take/I'll be watching you/Oh, can't you see/You belong to me/How my poor heart aches/With every step you take"[4] (The Police, Every Breath You Take, EEUU, Pop)

---

[3] Prefiero verte muerta/pequeña niña/que con otro hombre./ Trata de no perder la cabeza, pequeña, o no respondo por mis actos, mejor corre por tu vida, si puedes, pequeña, esconde tu cabeza en la arena, pequeña, si te encuentro con otro hombre, es el fin, pequeña.

[4] Cada respiro que des, cada movimiento que hagas, cada vínculo que rompas, cada paso que des, te estaré observando. Oh, ¿qué no ves, que me perteneces? ¿Cómo mi pobre corazón duele con cada paso que das?

"Sólo vivo por el/mientras quiera serme fiel/ese hombre/Y le doy cuanto soy/lo que tengo se lo doy/a mi hombre/Si me pega me da igual/es natural/Que me tenga siempre así/porque así le quiero/Ya no tengo corazón/Le intento olvidar/y me dejo convidar/por los hombres/Pero no puede ser/porque solo soy mujer/pa' mi hombre.

Si me ofrece su amor/le perdono lo peor/a mi hombre." (Sara Montiel, España, Mi hombre, Balada)

"Unas nalgadas con pencas de nopal/ es lo que ocupas por falsa y traicionera/ una lección es lo que te mereces" (Alejandro Fernández, México, Unas nalgadas, Ranchera)

Pareciera ser que lo que se ha dado en llamar el "amor romántico" tiene una carga de sentimientos negativos, dolor, sufrimiento, y una fuerte carga de dependencia mutua, pérdida de la individualidad e incluso pérdida de valía sin la pareja. Pero sobre todo, una inevitable carga de posesión y celos, legitimados por esta noción de pertenencia hacia la pareja. Toda esta construcción forma parte del sistema patriarcal, heterosexista y monógamo, y está presente en todas las culturas occidentales hegemónicas. Los ejemplos pertenecen a países de Latinoamérica, pero también a Europa y Estados Unidos. La colonización llega hasta conceptos que parecieran tan únicos e íntimos como el amor.

Ejemplifico ambas concepciones del amor porque me gustaría que participáramos en la resignificación del concepto de amor.

Algunas lesbianas hemos construido una forma distinta de crear lazos y vínculos afectivos porque, por un lado, la "familia" sanguínea muchas veces no representa para nosotras ese lugar de confianza, apoyo, comprensión y amor; y por otro, nos hemos percatado de que el cuento de hadas de encontrar una pareja, casarse, tener hijitxs o mascotas, y vivir felices para siempre, ni nos funciona ni nos seduce. En este sentido, para muchas de nosotras las amistades son en básicas para nuestra vida, se convierten en nuestra familia de elección y el lugar desde donde nos vinculamos.

¿Y por qué? Justamente porque nos hemos dado cuenta de que las versiones publicitadas de las relaciones humanas, no nos convencen. La familia sobreprotectora -núcleo de aprendizaje de prejuicios y de reproducción de esquemas sociales- que no acepta a sus miembros en su diversidad sino intenta a toda costa suprimir sus diferencias en pos de una "sana convivencia"; y las relaciones de pareja que implican codependencia, violencia, posesión, coartación de la libertad, sacrificio y renunciar a los proyectos individuales en pos de un proyecto en pareja, no nos convencen como puntos de partida de las relaciones interpersonales.

De este modo, buscamos desde la amistad, que ha sido las menos regulada socialmente, construir nuevas formas de vincularnos: en la libertad, el respeto, la empatía, la sororidad y el equilibrio entre individualidad/colectividad.

Pero vuelvo aquí al punto central: ¿por qué es que el vínculo afectivo amoroso que hay en las relaciones amistosas, que tiene tantos elementos positivos para el bienestar de las personas involucradas, se concibe sólo para las relaciones amistosas?

Es bien sabido que el “amor” ha tenido que ser regulado por el Estado, porque es un sentimiento que rompe con todos los esquemas socialmente establecidos.

Siempre ha sido una espinita para el Estado que la gente se enamore, pues lo hace sin respetar las diferencias raciales, sociales, generacionales, de clase, de sexo ni género. Las personas siempre se han enamorado independientemente de estas barreras socialmente creadas. Por ello, y por la re-producción de seres humanos, se han regulado tan estrictamente las relaciones sexo-afectivas, mediante el matrimonio y la monogamia obligatoria. El matrimonio ha regulado con quién sí y con quién no se puede relacionar sexo-afectivamente una persona: históricamente se han restringido los matrimonios entre clases sociales, entre razas o entre el mismo sexo. Pero claro, esta regulación es relativa, pues las relaciones erótico-afectivas siempre han existido fuera de la norma y la regulación.

Sin embargo, difícilmente éstas han escapado al discurso hegemónico occidentalizado de lo que es el amor. Si no se pueden regular todas las relaciones sexo-afectivas mediante el matrimonio, ciertamente sí se pueden regular mediante discursos monogámicos hegemónicos. Muestra de ello son, justamente, los ejemplos que anteriormente he puesto. La conceptualización del amor romántico está sujeta invariablemente a estos discursos directamente relacionados con la monogamia, las estructuras jerárquicas, la posesión, los celos, la codependencia, la pérdida de individualidad, en fin.

Y esta *hegemonogamia* es tan fuerte que, incluso dentro de los discursos disidentes y críticos del sistema, el cuestionamiento a la monogamia obligatoria está prácticamente ausente. El problema además consiste en que al tratarse de un asunto psicoafectivo, romper con la monogamia no es tan sencillo como cuestionar el discurso *heteromonógamo* normativo, sino que requiere también un arduo trabajo personal y un proceso de cambio interno. Quizá por ello pocas personas se han aventurado a llevarlo a la práctica incluso cuando ya conocen la teoría.

Más allá de eso, existen cada día más personas que cuestionan la obligatoriedad de la monogamia, la institución de la pareja, la forma en la que hemos construido nuestro concepto del amor romántico y la estructura de nuestras relaciones partiendo de esta noción.

A partir de este cuestionamiento, propongo que se me lea, con el conocimiento de que no aludo aquí al amor romántico cuando hablo de amor, sino a ese amor sororal como el que reconocemos en la amistad. Apuesto a la reconceptualización del amor como vínculo afectivo, de complicidad, de reconocimiento, de sororidad, de respeto y de deseo de bienestar de la otra persona. Desligo el concepto de los tradicionales celos, de las precondiciones, precontratos, prerrequisitos y preconceptos, todos esos elementos que –se cree- se dan por hechos en una relación con tintes eróticos.

Vuelvo ahora a un punto inicial: la ruptura con la monogamia obligatoria incluye, además de las relaciones amorosas, las relaciones fortuitas u ocasionales, las relaciones sólo eróticas o sexuales.

Y entonces agrego a la discusión: cuando se trata de relaciones entre lesbianas feministas, quienes ven a la otra no como un objeto para satisfacer su placer, sino como una sujeta con quién *compartir placeres* ¿no podríamos hablar de un vínculo amoroso, por más efímero y momentáneo que éste sea?

Entiendo que se hable de sexo sin amor, sobre todo en relaciones heterosexuales jerárquicas, donde se concibe un sujeto y un objeto, donde no hay interés ninguno en la otra persona, sino sólo en satisfacer un deseo individual. Pero cuando hablo de relaciones horizontales entre mujeres, en las cuales, sí, se busca satisfacer un deseo, pero no percibiendo a la otra como un objeto, entonces el placer propio también conlleva el placer de la otra, el cuidado, la complicidad, el compartirse y compartir entre los cuerpos el goce y el placer. Aquí, pienso yo, puede existir la complicidad, la sororidad, el respeto, y entonces también un vínculo afectivo. Porque nos han hecho creer que el amor es uno, ese uno que nos recitan en las canciones de amor y desamor. Pero el amor también puede ser otro, y ese otro puede existir en una noche nada más. Un encuentro erótico de sólo una noche (o una mañana, o una tarde) cuando se construye bajo estos términos no patriarcales, no jerárquicos y no monogámicos, constituye en sí mismo un acto amoroso (y de resistencia, por referir también al tema de que lo personal es político).

¿Por qué hablo de esto cuando me refiero al movimiento lésbico y una estrategia política? Múltiples discusiones giran en torno a la identidad lésbica y a definir/decidir cuáles son los puntos que nos unen como movimiento. ¿Qué es una lesbiana? ¿Quién es lesbiana? Parece que estamos agotando nuestras energías en obtener una definición casi científica al respecto, con ataques de esencialismo por un lado y de posmodernismo por otro lado.

Ciertamente yo no tengo una respuesta al respecto, y también dudo que haya *una* respuesta al respecto. Lo que sí sé, y lo digo por cuestiones empíricas más que teóricas, es que en el ELFLAC sí hubo muchas cosas que nos unieron. Curiosamente éstas no eran las que se planteaban en las plenarias ni en las discusiones principales, ni en las mesas. Eran las que compartíamos a la hora de la comida, en los pasillos, en la fila para el baño, en los trayectos, en las fiestas. Lo que creo que aún nos une es, precisamente, estos vínculos afectivos, amorosos, sororales, empáticos y sí, también eróticos.

En tanto no podamos ver a la/s otra/s como pares, es decir, en empatía y re/conocimiento, no podremos jamás dialogar entre nosotras. Si existe una barrera afectiva y veo a la otra como una desconocida, una a parte de mí a quién no conozco y por tanto no quiero, entonces existe la posibilidad de acusarla, tacharla de enemiga, y así bloquear cualquier tipo de diálogo o consenso.

Es ahora donde vuelvo a un punto importante: el amor siempre ha sido un problema para el sistema social regulatorio (heterosexista, patriarcal, lesbofóbico, monogámico). Porque, como mencioné antes, el amor es el que logra en la práctica romper con el racismo, clasismo y demás distinciones creadas desde el sistema. Es ahí el lugar donde se pueden construir nuevos discursos y se pueden derribar esas barreras. Es desde este vínculo donde se pueden trascender las discriminaciones aprendidas.

¿Por qué no partir, entonces, del vínculo amoroso entre mujeres, para construir la resistencia, para estimular si no *el*, *un* movimiento lésbico feminista?

Cuando hablaba de la monogamia obligatoria como obstructora de la sororidad lésbica, también me refería a este aparato *hegemonogámico* como formador de una estructura de pensamiento que también nos evita contemplar la posibilidad de *poli-amar, o multi-amar…* La rivalidad instaurada entre las mujeres y que evita la vinculación amorosa entre nosotras es también provocada por la estructura monogámica de pensamiento, que forma parte del sistema patriarcal. Como tal, es insuficiente criticar el heterosexismo sin criticar la monogamia obligatoria.

La monogamia pre-define el amor y pre-define las relaciones amorosas. Si re-definimos el amor y las relaciones amorosas a partir de un pensamiento no-monógamo, podríamos concebir la posibilidad de que todas las lesbianas feministas trabajando en conjunto podemos tener vínculos amorosos entre nosotras –sean éstos del tipo que sean, del tipo amoroso-amistoso, amoroso-erótico… en fin, las etiquetas son insuficientes e incluso innecesarias, pues podría decirse que hay tantos amores distintos como vínculos amorosos entre las personas-.

Partiendo de aquí, sin una concepción heteromonogámica de los vínculos amorosos, las lesbianas no somos rivales que competimos por el amor de una mujer, sino cómplices, hermanas –incestuosas, si se quiere- que compartimos ese vínculo de distintas maneras, y lo utilizamos como motor impulsor de nuestra lucha, como lugar de resistencia pero también como lugar de seguridad, de pertenencia, de apoyo y confianza.

Y esto está lejos de ser una tarea inmediata o sencilla. Es necesaria, de inicio, la disposición de cuestionamiento y reflexión sobre nuestra estructura de pensamiento monógama, nuestra forma de relacionarnos y nuestra preconcepción de los vínculos amorosos.

Para no concluir con un panorama tortuoso, terminaré diciendo que en el ELFLAC tuvimos espacio para un *taller* de poliamor. Este taller, siento yo, fue un lugar donde se logró una convivencia respetuosa, sin violencia, un diálogo enriquecedor y una energía constructiva impresionante. Muestra de ello fue el deseo de las participantes de continuarlo los días subsecuentes en el encuentro. Ello dio cuenta de la necesidad de reflexionar y compartir estos temas, de la voluntad de continuar con este trabajo crítico, pero también de lo cómodas que nos sentimos las participantes en este espacio. Y por qué no agregar, que en los espacios lúdicos de las fiestas, los vínculos poli, multi-amorosos se reforzaron posibilitando prometedores proyectos, colaboraciones, propuestas y energías para construir y transformar.

¿Y por qué no aprovechar esa energía, que es la que permitió que yo escribiese este texto, para enfocarnos en este tema? Si alguna se sintió cómoda en el taller de poliamor, si alguna sintió que era un espacio seguro fuera de las violentas discusiones de las plenarias, si alguna siente que vincularnos amorosamente entre nosotras es el punto de partida necesario para el trabajo político, si alguien más siente que la ruptura

con la monogamia obligatoria es un punto esencial de partida para reconstruir nuestras relaciones y vínculos… entonces el ELFLAC dio a luz una posibilidad.

No sólo se trata de sororidad, no sólo se trata de amor libre, hablo no sólo de la ruptura de la monogamia obligatoria, sino de un auténtico poli, multli e irrestricto amor entre mujeres como punto de partida para *un* movimiento político lésbico feminista.

La fuerza creadora de los vínculos amorosos entre mujeres es una energía inagotable que podríamos aprovechar. Y todo está por construirse, pero hay un haz de luz en el camino.